

Disco duro



● POR
● JOAN BARRIL

JULIO CARBO



►► Ildelfonso Falcones, delante de Santa Maria del Mar, el pasado día 18.

NOVELAS DE PIEDRA

LA IMAGINACIÓN literaria ha encontrado en la historia una bonita simbiosis. No hace falta describir lo que está en la realidad, porque eso ya lo hacen las guías turísticas. Queda, eso sí, el ser humano.

Con esa manía de cuantificar las cosas en vez de interpretarlas hemos sabido que el libro más vendido de Sant Jordi ha sido una de las llamadas «novelas históricas». Se trata de una trama barcelonesa que gira en torno de la basílica gótica de Santa Maria del Mar. Que el autor sea un escritor novel no provoca otra cosa que la legítima alegría de un miembro más en el club de los editados. Todos hemos sido, al fin y al cabo, noveles en el amor, en la lectura, en la escritura y en la decepción. Y probablemente nunca dejaremos de serlo, porque la capacidad de sorpresa y de debutar es lo que nos mantiene jóvenes. No es de extrañar, pues, que la primera novela editada por un autor novel sea de temática histórica. Es una manera de poner a los siglos como garantía de lo que tal vez el día a día no es capaz de dar.

Pero ¿a qué se debe esa curiosa ten-

dencia a la llamada «novela histórica»? Se trata de colocar una ficción sobre decorados reconocibles. Al fin y al cabo, de todas las cosas que envuelven el ser humano es precisamente el ser humano el que resiste más las erosiones del tiempo. Los protagonistas de ese tipo de novelas son tan lejanos que ya ni siquiera nos importa su verosimilitud. Somos en las cosas. Y los personajes de las novelas históricas podríamos buscarlos en las piedras desgastadas del Born, en los estratos arcillosos del Rec Comtal o en el humo cerúleo y raspado de las bóvedas. El hombre construye, pero es el tiempo el que certifica su paso por la tierra. Sólo así los novelistas disponen de materia prima para sus evocaciones. Ni siquiera recordamos a nuestros bisabuelos, pero nos quedan pirámides y arbotantes, muelles y murallas para encontrar el rastro no escrito de nuestros antepasados.

Pero el triunfo de una novela histórica no se basa generalmente en los personajes, sino en la fascinación de los espacios o de los climas en los que transcurre la acción. En una novela histórica tanto mayor es su éxito cuánto mayor es la ocultación del paisaje que la justifica. Ú-

timamente campan en las mesas de novedades de las librerías muchos libros que, bajo el pretexto de la ficción, intentan ofrecer al lector todo lo que éste quería saber sobre un mundo secreto del que jamás se había atrevido a preguntar. Ahí se inscribe la moda de los libros que penetran en las iglesias, ya sean en su sentido orgánico o físico. Hace años eran los libros de egiptología los que marcaban la pauta. Ahora, con Dan Brown a la cabeza, se ha abierto la veda de los libros que intentan desmitificar el secretismo católico. Los muchos libros sobre los cátares son una prueba de esa curiosidad. El Evangelio de Judas publicado por National Geographic es el penúltimo. Y el *Benvingut al món real* de Sandro Rosell se inscribe en esa tendencia de descubrir los misterios de una fe, ya sean los secretos del Vaticano o los secretos del Camp Nou.

Una vez más extraemos de la historia el entusiasmo que el presente no nos puede dar. Las novelas históricas dicen más de nuestro presente que de la historia en la que dicen haberse inspirado. Ambiciones, envidias, celos, conspiraciones. Ése es el verdadero y eterno paisaje.